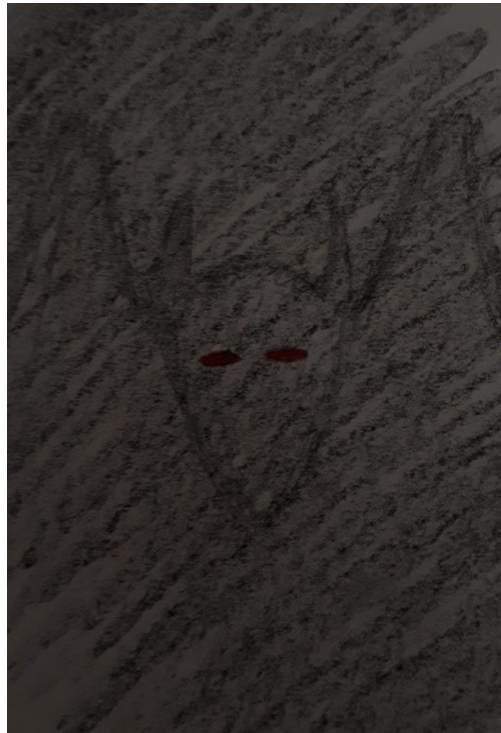




COLECCIÓN ESCRITOS SANTERMIL
SANTIDAD EN EL TERCER MILENIO
www.santermil.com

EL DEMONIO: ENEMIGO DE TODA SANTIDAD



AGOSTO 2019

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS



EL DEMONIO: ENEMIGO DE TODA SANTIDAD

1- La gran batalla de fondo

Desde los tiempos de la creación misma de la humanidad, **existe un combate que todo lo atraviesa: la batalla entre el bien y el mal.** Una puja que se libra a todo nivel: pensamientos y acciones (personales y colectivas). Toda persona experimenta esto en su interior. A través de su conciencia sabe bien diferenciar una realidad de la otra; más allá de la opción que luego tome. Si bien existen las dudas y los llamados “grises”, la gran mayoría de las veces somos conscientes de lo que implica hacer el bien o hacer el mal. Enfrentamos este tipo de decisiones una infinidad de veces por día: desde algo sumamente menor hasta algo demasiado mayor.

Tanto el bien como el mal resultan fuerzas muy poderosas actuando en medio de nosotros porque detrás de cada una de ellas existen seres de otra naturaleza que la nuestra (no humana). Sin embargo no son iguales entre ellos: uno está por encima y domina al otro. Por el lado del bien, está Dios creador de todo el universo, fuente constante de amor y de bondad. Nada que salga de Él puede ser malo, de hecho hasta tiene dominio absoluto sobre el mismo mal. No obstante, resulta un gran misterio el surgimiento del mal y el alcance de su acción hasta los tiempos actuales. Por el lado del mal, está el *demonio* (entre tantos otros nombres que recibe). Según la teología y la tradición: un ser espiritual sumamente inteligente cuya soberbia lo llevó a desafiar a su mismo creador y Señor (Dios).

Pero más allá de teologías, tradiciones, historias, experiencias varias, etc., ¿qué o quién es realmente el demonio? ¿Por qué deberíamos preguntarnos por él y su alcance? Nada de esto sería del todo relevante si no estuviese en el medio, nuestra posibilidad de felicidad. Esta gran batalla de fondo es lo que genera y aporta la tensión que provoca en nuestras vidas estar constantemente tironeados entre diferentes alternativas que a su vez conducen a diferentes resultados. No es lo mismo para mi felicidad hacer el bien que el mal, pensar de una manera u otra. Cada vez que nos inclinamos para uno de los lados, provocamos de alguna manera consecuencias a nuestro existir. De ahí su importancia. De ahí la necesidad de conocer en profundidad qué es lo que está realmente detrás del mal.

2- Conociendo al Demonio

¿Existe verdaderamente el demonio? No solo existe, sino que actúa constantemente en nuestra contra cada día de nuestras vidas. **Uno de sus mayores triunfos ha sido –y aún lo es- la creencia de su inexistencia.** Cuanto menos creamos en él, más peligroso se vuelve. No obstante, más importante que definirlo, que saber qué o quién es, resultará mejor para nuestra santidad conocer qué es lo que representa para ella. **El demonio es todo lo contrario a Dios.** Si Dios es amor, misericordia, caridad, amistad, esperanza, salvación, entonces el demonio es odio, resentimiento, enemistad, desesperanza y perdición. Si Dios desea nuestra santidad para ser plenamente felices, entonces el demonio desea nuestro vacío existencial para ser completamente infelices.

El odio del demonio hacia nosotros lo lleva a ser un incansable buscador de nuestra desgracia, de todo lo que nos haga mal, nos hiera o nos genere dolor y tristeza. No descansará



hasta encontrar nuestra debilidad por donde poder introducir todo el mal que neutralice o revierta todo el bien que generalmente deseamos y solemos hacer. Se vale de formas atractivas y amigables para presentar toda tentación al mal en algo bueno para nosotros. En algo liberador que suprima toda culpa o nos prive de placeres que supuestamente nos harán bien. Intentará con todas sus fuerzas de evitar que seamos capaces de amar y ser amados sanamente. Buscará siempre la forma de corromper todo lo bueno que uno pueda construir y desarrollar en su vida (principalmente los vínculos humanos que más nos interesan).

Todo esto y mucho más representa aquel que está detrás de todo mal. Negar o minimizar su existencia, es el primer paso a bajar las defensas y abrirle toda puerta por donde pueda acceder a nosotros.

3- Libertad o esclavitud

Así como la verdad libera, la mentira esclaviza. Una vida santa, buena, es fruto de un alma lo suficientemente madura en la fe. Un alma libre, fuerte y que sabe amar según Dios. Estas personas son las que le dan más trabajo al demonio, porque le cuesta más poder esclavizarlas, hacerlas lo suficientemente dependientes de algo malo para así alejarse cada vez más del bien. Todo desorden o exceso en cualquier sentido: alcohol, sexo, drogas, trabajo, comidas, pornografía, juego, entre tantos otros, habla de una carencia. Porque me falta *algo*, recurro a otro algo. Y generalmente lo hago en proporción a esa carencia; de ahí ciertos desórdenes extremos. Esto el señor del mal lo sabe muy bien y utiliza a su favor todo desorden para una mayor esclavitud: para erradicar definitivamente de toda alma posible, *la propia voluntad* (lo que nos afirma).

Ser esclavos no necesariamente implica ser completamente malos ni hacer el mal siempre. Sino que representa una condición desfavorable para el alma en su genuina búsqueda de felicidad. La ubica en un lugar peor –no mejor- para acceder a toda la bondad y gracia que otorga la condición de libertad. El verdadero amor –del cual se nutre toda vida humana- supone libertad y respeto. Dos condiciones fundamentales que le faltan al esclavo. De ahí sus múltiples dificultades para alcanzar amores plenos, que le aporten felicidad.

Lo que entendemos históricamente como esclavitud fue supuestamente abolido hace más de un siglo, sin embargo el demonio –que existe hace varios siglos- se ingenia en lograr nuevas formas y maneras para mantener a las personas bajo esa misma condición. Podrán cambiar ciertas formas y costumbres, pero la verdadera batalla del bien y del mal –de la libertad o esclavitud- se sigue dando en cada instante y en cada rincón de este mundo. Sus protagonistas: Dios y el demonio. Su botín: los corazones humanos.

4- La Santidad como triunfo del bien

Si bien pareciera que toda alma tiende al bien por entender que eso le resulta mejor que el mal, no son pocas las frustraciones humanas, heridas de amor y vínculos insanos que existen a nuestro alrededor. “Y así, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Romanos 7.19).



Célebres palabras de San Pablo para describir la batalla interior que se libra en nuestros corazones.

Los Santos tienen muy en cuenta la existencia del demonio y saben de su poder de fuego. Por eso jamás confían en sus propias fuerzas o voluntad, sino en las del Señor. Son conscientes que no pueden bajar la guardia porque justamente sus almas son las más buscadas y hasta odiadas por el demonio. Por ser ellos y sus acciones fuente de bondad para otras almas y motivo de alejamiento del mal. ¡Son liberadores de esclavos!

No obstante, Dios –dueño y centro de todo- permite a su gusto la acción del demonio sobre las almas santas para una mayor purificación de ellas. Así como a veces, en la búsqueda del oro, solo el fuego es capaz de purificar una roca, quemando en ella toda impureza para dejar solo el metal precioso; en la búsqueda de santidad, solo Dios puede purificar el alma a través de pruebas de todo tipo (como el mal mismo).

El triunfo de la gran batalla ya fue y es de Dios. El mal ya fue vencido, pero la batalla se sigue librando en nuestros corazones. El amor de Dios Padre supone libertad y respeto a nuestro libre albedrío; si no, no sería amor, sino imposición / obligación. Supone dejarnos elegir qué camino seguir. Se nos propone el camino del bien como el mejor para nuestra felicidad, pero el demonio nos tienta permanentemente para que elijamos el contrario. Dos posibilidades, una elección.

La santidad es el triunfo del camino del bien. La elección correcta. La manera propuesta por Dios para alcanzar nuestra mayor plenitud. La Santidad no exime del mal, pero lo domina, sale fortalecido en su enfrentamiento. **Ser santo es poder decirle al demonio: “me sedujiste y caí, pero nuevamente me levanto para hacer el bien y vencerte”.**

Ser Santo es ser libre, nunca esclavo.